

TEMA 12. GRUPOS SOCIALES.

El terror no expresado sobre el holocausto que impregna nuestra memoria colectiva, relacionado con el deseo abrumador de no mirar el recuerdo de frente, es la sospecha corrosiva de que el holocausto pudo haber sido algo más que una aberración, algo más que una desviación de la senda del progreso, algo más que un tumor canceroso en el cuerpo saludable de una sociedad civilizada; que el holocausto no fue la antítesis de la sociedad moderna y todo lo que esta representa o, al menos, eso es lo que queremos creer.

Sospechamos, aunque nos neguemos a admitirlo, que el holocausto podría haber descubierto un rostro oculto de la sociedad moderna, un rostro distinto del que ya conocemos y admiramos y que los dos coexisten con toda comodidad unidos al mismo tiempo. Lo que acaso da más miedo es que ninguno de los dos puede vivir sin el otro, que están unidos como las dos caras de la misma moneda.

El holocausto habría empequeñecido todas las imágenes heredadas y recordadas del mal. Así invirtió todas las explicaciones conocidas del mal en acción. De repente, se supo que el mal más terrible del que tenía noticia la memoria humana no fue la consecuencia de la disipación del orden, sino de una imposición del orden impecable, impoluta e incontestada.

No fue obra de una muchedumbre incontrolada y desmandada, sino de hombres de uniforme, obedientes y disciplinados, que se ceñían a las normas y respetaban con meticulosidad el fondo y la forma de sus instrucciones. Pronto se supo que esos hombres, en cuanto se quitaban el uniforme no eran malos en absoluto. Se comportaban como casi todos nosotros. Tenían esposas a las que amaban, niños a los que mimaban y amigos a los que ayudaban y consolaban si estaban afligidos. Parecía increíble que, en cuanto se ponían el uniforme, esas personas fueran capaces de disparar o gasear o presidir una ejecución o la asfixia de miles de personas, muchas de las cuales eran mujeres. Esto también era aterrador. ¿Cómo es posible que gente normal, como tú y yo, haga cosas así?

Milgram tenía razón, por supuesto. Y la sigue teniendo. Han pasado muchos años desde el experimento pero sus descubrimientos, que tendrían que haber provocado una profunda revisión de nuestras opiniones sobre los mecanismos del comportamiento humano, se siguen citando en muchos cursos de sociología como una curiosidad divertida, aunque poco significativa. Si no se pueden rebatir los descubrimientos, siempre cabe marginarlos.

La hipótesis de Milgram es que los actos crueles no los cometen individuos crueles, sino hombres y mujeres corrientes que intentan alcanzar el éxito en sus

tareas, y sus descubrimientos son: la crueldad tienen escasa conexión con las características personales de los que la perpetran y si tiene una fuerte conexión con la relación de autoridad y subordinación, son nuestra normal y cotidiana estructura de poder y obediencia.

“La persona que por íntima convicción, detesta el robo, el asesinato y la agresión, puede acabar realizando todos estos actos con relativa facilidad cuando la autoridad se lo ordena. Un comportamiento impensable cuando el individuo actúa a título personal, puede darse con titubeo cuando el mismo individuo recibe órdenes”. Es posible que algunas personas sean proclives a la crueldad por sus propias y profundamente personales inclinaciones, sin que nadie las fuerce. Sin embargo, con caso total seguridad, sus rasgos personales no les impiden cometer crueldades cuando el contexto de la interacción en que se encuentran les incita a ser crueles.

Creíamos que lo impensable solo podía suceder cuando el agente dejaba de pensar, cuando se levanta la tapadera de la racionalidad de la caldera de las pasiones humanas presociales y no civilizadas. Los descubrimientos de Milgram también dan la vuelta a esa imagen, antigua, del mundo según la cual la humanidad se encuentra totalmente del lado del orden racional mientras que la inhumanidad se limita a algunas ocasionales interrupciones. En resumidas cuentas, Milgram sugirió y demostró que la inhumanidad tiene que ver con las relaciones sociales.”

Bauman, Zygmunt, *Modernidad y holocausto*.

- 1.- ¿Pensar Auschwitz es aprender a ver el mundo desde el sufrimiento de las víctimas?
- 2.- ¿Milgram pretende saber qué ocurre en una situación en la que las órdenes de la autoridad se oponen a la conciencia?
- 3.- ¿Los individuos tienden a ser crueles si se encuentran en un contexto que elimina las presiones morales y legitima la inhumanidad?
- 4.- ¿Cómo salvar el abismo que existe entre el desarrollo tecnológico y el desarrollo moral de la humanidad?
- 5.- Realiza la valoración crítica del texto.